

## El "efecto Mozart"

Durante los meses de agosto y septiembre, varios periódicos de tirada nacional se han hecho eco de unos estudios psicológicos, recogidos en la prestigiosa revista científica *Nature*, sobre un curioso fenómeno denominado "efecto Mozart".

La historia parte de un trabajo que la doctora Rauscher y sus colegas publicaron en 1993. De acuerdo con sus experimentos, la música de Mozart —y sólo la de Mozart— puede ayudar a conseguir un mayor rendimiento cognitivo, mejores ejecuciones en tareas de perspicacia e, incluso, un aumento significativo del Cociente Intelectual (CI), medido a través de conocidos tests de inteligencia. En concreto, explica la doctora, tras escuchar sólo diez minutos de la *Sonata para dos pianos en Re Mayor, K.448*, un grupo de estudiantes universitarios mejoró su nota media hasta en 9 puntos, lo que representa un incremento verdaderamente espectacular. Rauscher concluye que la música del genial salzburgués estimula ciertas habilidades del cerebro, sobre todo aquellas relacionadas con la percepción espacial y la ordenación de objetos en el tiempo y en el espacio.

Lo curioso del caso es que este fenómeno —siempre de acuerdo con Rauscher— se produce con independencia de que las obras gusten o no (en un experimento se comparó la música de Mozart con la de Mendelssohn; los estudiantes afirmaron que disfrutaban más con la de éste último, pero la estimulación de las capacidades cognitivas sólo se logró con la del primero) o, incluso, de que los sujetos experimentales sean animales (unas ratas expuestas a la música de Mozart encontraron antes la salida de un laberinto).

A raíz de este trabajo, en Estados Unidos —ya sabemos cómo suelen ser de rápidas las reacciones de los americanos ante tales noticias— se ha levantado una cierta moda por las obras mozartianas. En el periódico *El Mundo* del 26 de agosto se cita, por ejemplo, que algunos centros de salud han empezado a regalar discos compactos con su música a mujeres embarazadas, con objeto de intentar aumentar la capacidad intelectual de sus futuros retoños.

Por supuesto, muchos otros investigadores, por cierto en la misma *Nature*, han negado absolutamente el supuesto "efecto". La mayoría de los trabajos han fracasado al tratar de replicar los resultados. En un artículo síntesis firmado por Christopher Chabris, se afirma que, tras analizar 16 estudios sobre esta cuestión, ninguno de ellos ha podido confirmar la validez de la teoría. Otros experimentos han sugerido que, en general, cualquier música (incluida la *pop*) o experiencia placentera previa a la evaluación ayuda a mejorar el rendimiento en tareas cognitivas. Como afirma el psicólogo Kenneth Steele, reunidos todos los datos, llega la hora de cantar el *Réquiem* por el "efecto Mozart".

La polvareda que ha levantado este caso me hace reflexionar sobre las "propiedades mágicas" que muchas personas parecen (y quieren) atribuir a la música. Un fenómeno que suele aparecer con cierta periodicidad. No hace muchos años también se especuló sobre el aumento de la productividad láctea (en cantidad y calidad) de aquellas vacas que, mientras pastaban con su característica placidez, se deleitaban arrulladas por la música de Vivaldi (en este caso tenía que ser la del pelirrojo veneciano). Y, en otro tiempo, se pasó del mundo animal al vegetal, pues eran las plantas las que parecían crecer más lozanas mecidas por una suave música (sin especificar el compositor, no sé si a causa de mostrarse menos selectivas o por gozar de una menor capacidad discriminativa en materia musical).

Por supuesto, el asunto se puede remontar hasta donde queramos: puedo recordar, como hermosos ejemplos literarios, las páginas de Shakespeare en el *Mercader de Venecia* (acto V, escena 1ª), o las más antiguas aún de Platón (*La República*) donde expresa la necesidad de que los jóvenes escuchen aquellos sonos que propician la adquisición de virtudes.

El deseo de encontrar en la música un medio milagroso para aumentar nuestra inteligencia, para ser más rápidos, sagaces o, incluso, más atractivos (ya que también nos relaja y

vivifica) parte de la importancia que nuestra sociedad otorga a estos dones; a la necesidad de adquirirlos. La intangibilidad de los sonidos favorece, tal vez, esas atribuciones descabelladas (parece que nadie cree que la contemplación de *Las meninas* o de la catedral de León pueda aportar grandes beneficios en ámbitos ajenos al puramente estético).

Quienes aprecian la música no deben alegrarse con noticias semejantes —normalmente especulaciones que acaban olvidándose a los pocos meses (quizás cuando ya se han vendido los discos)—. Los que se acercan a este arte con tales intenciones suelen sacar poco provecho de él y, habitualmente, pasan por alto sus cualidades reales, su belleza intrínseca. No se convierten en sus amantes, pues terminan por no verle sentido al no conseguir los supuestos efectos. Pero Mozart no necesita de ningún "efecto" sobre la inteligencia. Su música no sirve a ningún otro fin, basta por sí misma. Cuando nos aproximamos a las grandes obras de los compositores vamos en pos de música, nada más (y nada menos). Quienes la escuchan desde ese punto de vista no necesitan que les expliquen sus virtudes, las conocen sobradamente.

**Jorge Barraca Mairal**